

en palacio más paso que la espada. Un canto que revelase inspiración y genio levantaba á veces á un joven desde el polvo á las gradas del trono. Colocó Alhakem en los más altos puestos á los mejores poetas, y Almanzor los llevaba siempre consigo en aquellas expediciones militares que llenan las más brillantes páginas de la historia de aquellos días. Con tanta protección á las letras florecieron escritores célebres en las principales ciudades de España, sobre todo en las de estas provincias, situadas bajo un bello clima y á corta distancia de la corte. Produjo entonces Málaga uno de los primeros historiadores; Elvira, Granada y Jaén, poetas que hicieron resonar sus bellos y entusiastas cantos bajo las doradas bóvedas del alcázar de Zahara. Fué durante muchos años la gloria de Jaén Ahmed-ben-Faraj-el-Djaheni, célebre por sus enérgicas imitaciones de los poemas épicos orientales, y notable entre todos por la sublimidad de su estilo y la cultura y elegancia de su lenguaje; fué de Elvira Ebn-Isa-el-Gaiani, que á su vuelta de Egipto y otros países del Oriente que había recorrido por orden de Alhakem, presentó á este califa su geografía y una descripción en verso de las cercanías de su patria; fué de la misma ciudad Asdi, el que escribió aquella inscripción tan sentida sobre la tumba de Said-ben-Soleimán, otro poeta esclarecido, hermano, como ya llevamos dicho, del caudillo que hizo cegar Abdala después de la fatal jornada de Loja.

Prosperaba todo en aquel período; mas en medio de tanta prosperidad había germen de destrucción y muerte para aquel Imperio, en cuya agonía habían de volver á ser estas provincias teatro de las más vivas luchas. Mientras el hadjeb Almanzor, que no era sino un ministro, estaba asordando África y España con el estruendo de sus batallas, vivía en niñez perpetua dentro de los salones de Zahara el califa Hescham II, enteramente ageno á los negocios del Estado, y sin llegar á conocer siquiera la nación cuyo gobierno le había confiado Alhakem su padre. Almanzor y aun su primer hijo Abdelmelec, que le sucedió en

el cargo de hadjeb después de su muerte, supieron usar con gloria y provecho de su país del poder usurpado; pero Abdelrhamán, que no conservaba de su padre Almanzor sino la gallardía, quiso emplearlo ya más en pro suya que en la de su patria, y con el afán de hacerse declarar sucesor del califa abrió la puerta á una guerra fatal que costó al Imperio la sangre de sus mejores hijos. Mohamed-ben-Hescham, biznieto de Abdelrhamán III, sabedor de los intentos del nuevo hadjeb, pretendió ser de derecho sucesor al trono, y acaudillando cuanta gente pudo, entró á mano armada en Córdoba, se apoderó del califa, á quien dió por muerto, se hizo proclamar emir de los fieles, destituyó á cuantos creyó que podían ser sus enemigos, y desterró del palacio y aun de la corte á todos los zenetas, que eran los guardias del califa.

Fué principalmente este destierro el que dió lugar á las más feroces escenas. La guerra dejó de ser personal y pasó á ser de raza; y empezó en toda España una serie de luchas civiles en que estaban de una parte los árabes puros y de otra las demás familias musulmanas. Arrojadados los zenetas de Córdoba á viva fuerza, encuentran apoyo en D. Sancho, conde de Castilla, bajan al camino de Córdoba acompañados de este príncipe y de gran número de caballeros cristianos, tropiezan en Jabalquinto con el ejército de Mohamed, traban con furor la batalla, y en horas dejan en el campo veinte mil soldados cordobeses. Persiguen luego á Mohamed hasta los llanos de Bailén, se dirigen á Córdoba, que les abre desde luego las puertas, entran días después en ella, y proclaman califa á Soleimán-ben-Alhakem, que había sido su caudillo desde su primera salida de la corte.

Sabida la noticia de este encumbramiento, no hubo ya quien bastase á detener las tribus árabes. Alzáronse en las provincias granadinas las que vivían en las Alpujarras, siendo tal la saña con que en muchas ciudades se miró á los africanos, que el pueblo de Málaga al sublevarse contra el nuevo califa preten-

dió matar á uno de los más poderosos, y después de haberle concedido algún tiempo para que hiciese su plegaria, le rajó de una pedrada la cabeza. Así fué como al verse derrotados los zenetas en Akbar-al-Bakar por las tropas de Mohamed, que á los siete meses bajó contra ellos seguido de un grande ejército árabe y de gran número de cristianos venidos de lo más áspero de la Marca catalana, rodeados por todas partes de enemigos, no concibieron otro medio de salvación que la fuga al África, y se dirigieron precipitadamente á la boca del Guadiaro, término occidental de la provincia de Málaga. Eran, empero, muy bravos los zenetas; y una nueva batalla que se les presentó en las orillas de aquel río, batalla que al parecer había de hacer inevitable su ruina, bastó para hacerles recobrar sus bríos y su preponderancia. Atacaron en ella con tanto ímpetu á Mohamed, que no pudieron resistirlos ni aun las tropas cristianas, defendidas por fuertes armaduras y montadas en caballos cubiertos de hierro. Los caudillos cristianos más valientes fueron los primeros que murieron en la refriega: murió allí Othón, obispo de Gerona (1), Arnaldo, que lo fué de Vich, Ecio, que lo fué de Barcelona; murió allí Armengol, aquel temido conde de Urgel que parecía tomar por juguete los azarosos lances de la guerra. Destruyeron los zenetas en esa del Guadiaro todas las fuerzas de Mohamed, que fué á morir en Córdoba á manos de aquel mismo califa Hescham á quien había hecho pasar por muerto á los ojos de todo el Imperio.

Dió esta batalla, por último resultado, la entrada de los africanos en la corte del califato; pero no tardaron éstos después de la victoria en tener contra sí otro enemigo temible que sacó sus principales armas del seno de estas provincias. Hhayrán, alcaide perpetuo de Almería y último hadjeb de Hescham, apenas vió cicatrizadas las heridas que recibió en la toma

(1) Véase sobre este obispo el tomo II de *Cataluña* en el capítulo *San Cucufate del Vallés*.

de Córdoba, salió secretamente para Orihuela, y organizando allí numerosas huestes se dirigió contra la ciudad que había en otro tiempo poseído. Encontró porfiada resistencia en el nuevo walí, que defendió durante veinte días el alcázar; pero apoyado por los habitantes, logró entrar en la plaza después de haber aquellos arrojado al mar al general y sus hijos. Dueño ya de Almería, fué acalorando los ánimos contra los zenetas, partió á Ceuta, habló con Aly-ben-Hamud-el-Edrisita, que la estaba gobernando, le pintó con vivos colores lo mucho que esperaba de él Hescham, la necesidad que había de reponer en el trono á este califa ó de vengar su sombra caso que hubiera muerto alevosamente en poder de sus enemigos, el odio que profesaban los árabes andaluces á los nuevos dominadores, el derecho y la facilidad que tenía de apoderarse del Imperio si llegaba á vencer en una sola batalla á los aborrecidos africanos. Supo excitar tanto la ambición de Aly, y habló con tanta energía y entusiasmo, que no sólo le decidió á favorecer sus intentos, sino que también le movió á reunir las tropas de Ceuta con las de Algeciras, de que era walí Kasem-ben-Hamud su hermano, y entrar en España apoderándose al primer embate de la ciudad de Málaga, que ganó á punta de espada. Armó luego Hhayrán sus tropas, abrió la campaña, se dirigió hacia Aly, á quien hizo reconocer por jefe superior de todo el ejército, se reunió con él en Almuñecar, y juntando allí los dos caudillos sus banderas, juraron restablecer á Hescham en el trono peleando, si necesario fuera, hasta la muerte.

Preparábanse ya los dos jefes para acometer la empresa cuando supieron que bajaba contra ellos Soleimán, el temible jefe de los zenetas, el entonces dueño de la España de los árabes. Se disponen entonces para un combate decisivo, llenan de ardor á sus soldados, se adelantan al enemigo, le asaltan de lleno temerosos de que les fatigüe en vanas escaramuzas, y le obligan á entrar en batalla. Le vencen, le hacen retroceder á largas jornadas á la corte, pasan al extremo del Guadalquivir,

lo atraviesan, siguen río arriba, derrotan de nuevo á sus enemigos en las inmediaciones de Sevilla, toman al paso esta ciudad, entran á poco triunfantes en Córdoba, y no hallando allí á Hescham, corta Aly con su propia espada la cabeza de Soleimán y las del padre y hermano de este desventurado califa.

Después de tan rápidas victorias recobró el atrevido alcaide de Almería bajo el califato de Aly el cargo que tuvo bajo el de Hescham; pero no tardó en deber provocar otra guerra contra el mismo á quien acababa de encumbrar con la fuerza de sus armas. Viéndose aquél enviado de nuevo á su gobierno de Almería, no pensó ya más que en proyectos de venganza. Pasó á estas provincias, manifestó la necesidad de reponer en el trono á un omniade, se dirigió á todos los alcaides y walíes que consideró enemigos de los africanos, armó en breve una liga poderosa, y arrojó de frente todo el poder del hamudita. Pasó á Guadix, punto de reunión de los coligados, juntó su pendón con los de otros rebeldes, juró é hizo jurar á todos que derramarían su sangre hasta poner al frente del Imperio un individuo de la antigua alcurnia, puso en marcha todo el ejército, y se dirigió á largas jornadas á la corte. Dió en el camino con Aly, y tuvo la desgraciada suerte de verse derrotado al primer encuentro, perdiendo la mayor parte de su hueste y el apoyo de los aliados; pero no desistió de su empeño, levantó nuevas tropas, pasó á Jaén, y deseoso de dar mayor fuerza á su partido, hizo al instante proclamar califa al walí de esta ciudad que llevaba el nombre de su bisabuelo Abdelrahmán III. Creció entonces en osadía, y nombrado hadjeb del nuevo príncipe, salió otra vez á campaña; pero había ya la victoria abandonado para siempre sus banderas. Fué también vencido por Aly, y no encontrando seguridad ni en las sierras de la Alpujarra, se vió obligado á bajar á la costa y encerrarse en Almería. Perseguido hasta en aquella ciudad por su implacable enemigo, se preparó para una defensa heroica, y se atrevió á desafiarle en campo abierto; mas herido en medio de la refriega cayó al fin en manos del hamu-

dita, que al verle desnudó con furor la espada y le cortó con su propia mano la cabeza.

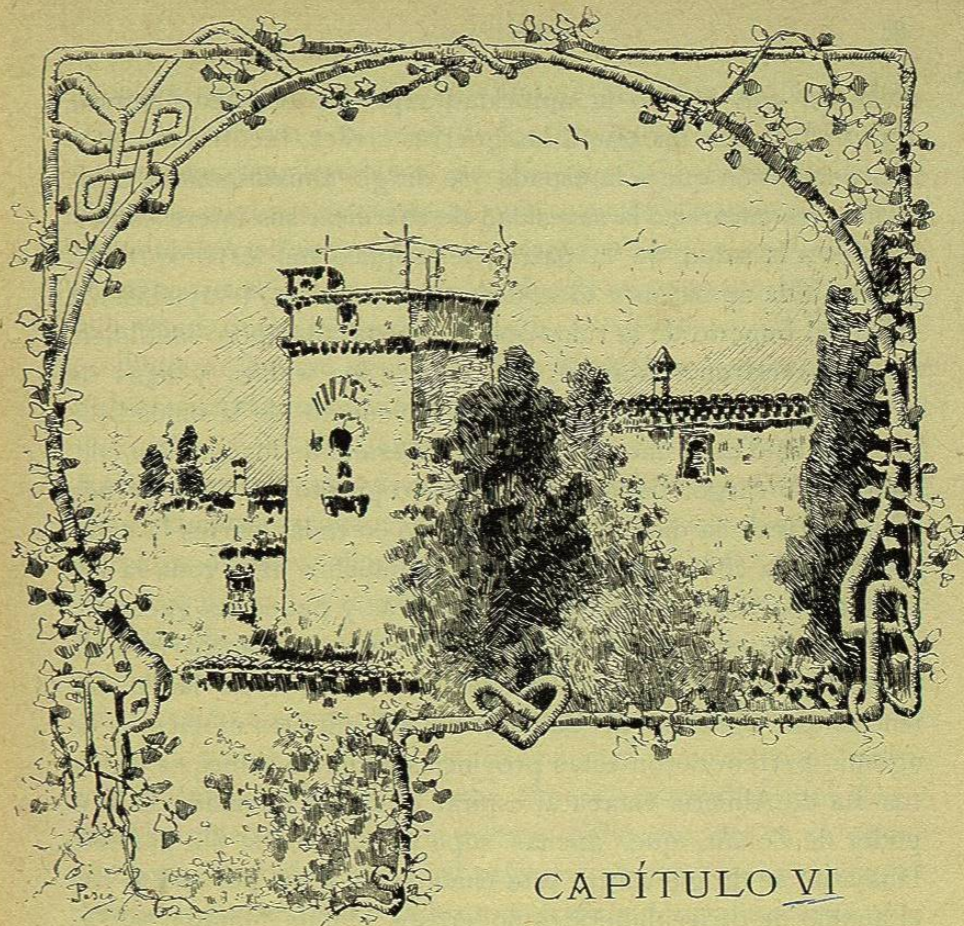
Seguía entre tanto en Jaén el recién encumbrado Abdelrahmán, á quien se habían negado á reconocer en estas provincias las ciudades de Granada, Málaga y Elvira. Tenía ya contra los muros de su ciudad á Zawyy el Sanhadjita, que le atajaba por todas partes los pasos; y al saber la muerte de Hhayrán temió no sin razón verse sitiado con mayores fuerzas por Aly, á quien sólo faltaba la toma de esta plaza para coronar sus triunfos. Habría sin duda debido sucumbir á poder llegar éste hasta los muros de Jaén; pero le favoreció una serie de sucesos inesperados que por poco le hacen dueño de todo el Califato. Aly murió en un baño cuando tenía ya dispuesto su caballo de batalla para ir contra el enemigo; su hermano Kasem, proclamado califa por los hamuditas, no supo sino atraerse el odio de sus súbditos con inicuos atropellos y venganzas; Yahyah, hijo de Aly y á la sazón walí de Ceuta, apenas supo la muerte de su padre y el encumbramiento de su tío, se aprestó para la guerra, armó millares de negros, se arrojó sobre Málaga, y pidió á voz en grito el Califato. ¿Podían en medio de tanta confusión dejar de crecer las fuerzas de Abdelrahmán? Voló á ponerse bajo la sombra de sus estándares la mayor parte de la nobleza árabe, que huía de Córdoba espantada por el sanguinario despotismo de el-Kasem; y Jaén vió pronto dentro de su recinto una hueste numerosa.

Zawyy, derrotado en todos sus ataques, se retiró á sus serranías, y no se atrevió á bajar más sobre Guadix y Baeza, ciudades que antes amenazaba de continuo; Kasem no pudo pensar en Jaén, empeñado en la guerra contra su sobrino. Hallóse por mucho tiempo Abdelrahmán libre de toda suerte de enemigos que pudieran hacerle frente, y para colmo de ventura llegó al fin á verse libre hasta de sus mismos rivales Yahyah y Kasem, que hubieron de huir de Córdoba, aquél amenazado por su tío y éste por los mismos cordobeses, que bloquearon llenos de có-

lera el alcázar y lo hubieran quemado á no ser por la generosidad de algunos jinetes ahmerides.

No bastaron, sin embargo, tantas ventajas para que el omiade pudiese recobrar el puesto que pertenecía á su familia. Durante los últimos acontecimientos de la corte había bajado con su ejército hacia Granada con el objeto de destruir á Zawyy y á Djilfeya, á quienes había Kasem enviado últimamente nuevas tropas; dió con ellos al llegar á la Vega, trabó la batalla, y se echó con tal ímpetu sobre la infantería bereber, que ésta no pudo menos de volver la espalda y huir desalentada por la inmensidad de la llanura. No pudo, empero, gozar de su victoria: una flecha mal disparada le derribó ya muerto de su caballo, mientras le daban la noticia de que sus tropas iban acosando al enemigo.

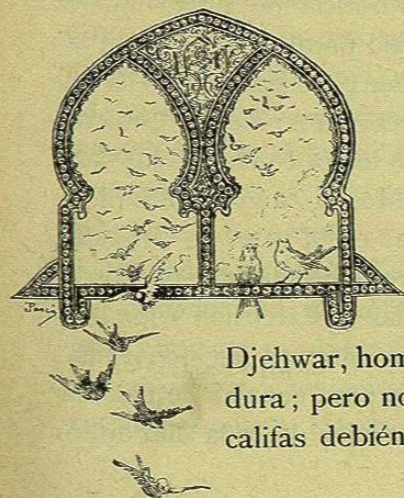
Tras este desgraciado combate es fácil conjeturar lo que sería del agonizante Califato. Después del corto reinado de otros dos omiades que se disputaron á mano armada el trono, fué acogido de nuevo en Córdoba Yahyah, aquel hijo de Aly que entró en España contra Kasem á la cabeza de sus negros africanos; y fué este Yahyah el último califa que tiñó con su sangre el suelo de estas provincias. Ciego de enojo contra el walí de Sevilla, que se negó á reconocer su autoridad, mandó que marchasen sobre esta ciudad los alcaides de Jerez, Málaga, Arcos y Sidonia, se les incorporó con la tropa y caballería de Córdoba, partió con ellos por el camino de Ronda, y al tropezar con el orgulloso walí, que le había salido al encuentro, cargó tan inconsideradamente sobre él, que dejándose coger en una emboscada perdió á un tiempo la corona y la vida, cayendo cadáver en poder de su adversario, que hizo de su cabeza una copa recamada de oro y pedrería para beber como los héroes escandinavos en el cráneo de un enemigo.



## CAPÍTULO VI

Reyes que hubo en estas provincias después de la caída del Califato

DE 1041 Á 1091



MUERTO Yahyah, subió al trono de Córdoba Hescham III, con el cual vino á fenecer el Califato. Tras él apoderóse del gobierno su hadjeb Djehwar, hombre de excelente corazón y gran cordura; pero no ejerció ya el poder absoluto de los califas debiéndose limitar á ser presidente de un